

## OYE Y MIRA O LOS LÍMITES DE LA CONEXIÓN

Por

SALVADOR PONS BORDERÍA

Universidad de Valencia. Grupo Val.Es.Co.

La heterogénea nómina de formas denominadas conectores se ve ampliada en ocasiones con referencias a algunos imperativos de verbos de percepción. En el presente trabajo se analizarán los apelativos *oye* y *mira* en el lenguaje coloquial como conectores marginales y se intentará discriminar los valores conectivos de los no conectivos. Por último, se señalará el lugar de estos elementos dentro de un dibujo de la conexión como categoría.

1. Los estudios sobre *oye*, *mira* y sus variantes (*oiga*, *oíd*,  *mire*, *mirad*) suelen asociar estas unidades a otros imperativos de verbos de percepción y movimiento (*escucha*, *¿comprendes?* *¿entiendes?*, *vamos*, *anda* o *venga*)<sup>1</sup>, con los que forman un subsistema homogéneo. Esta agrupación se repite en trabajos referidos al mismo tema en otros idiomas<sup>2</sup>, donde el problema se plantea en términos parecidos.

Aunque la explicación predominante de los usos de estas formas toma como base la función fática del lenguaje, no por ello se dejan de hacer observaciones relacionadas con otras funciones. Así, se ha subrayado que estas formas desempeñan diferentes valores

---

<sup>1</sup> Beinhauer (1991:410); Martínez (1952); Alcina/Blecua (1975: 1153); Narbona (1979: 266); Narbona (1986: 254); Hernando Cuadrado (1988: 87-99); Solano Rojas (1989); Fuentes Rodríguez (1990b); Cortés Rodríguez (1991); Narbona Jiménez (1991: 193), entre otros.

<sup>2</sup> Manili (1986); Mara (1986); Stati (1986); Chaurand (1987); Thun (1989); Vincent (1989); Bazzanella (1990); Blass (1990), entre otros.

dentro de la estructura de la conversación, como la toma de turno o la orientación (*Handlung*) de la misma (Thun 1989). También se pueden convertir en marcadores de las relaciones sociales entre hablante y oyente (Bazzanella 1990), lo que las convierte en señales de tipo estratégico-dialógico (Mara 1986); cuando estas formas participan en estructuras más o menos lexicalizadas se convierten en fórmulas para iniciar el diálogo (Alcina/Blecua 1975: 1153).

La relación entre los apelativos y la conexión también ha sido abordada en distintos trabajos y de diversas maneras. Un primer acercamiento, heredero de una visión logicista del lenguaje hablado, los califica de *muletillas* (Martínez 1952), es decir, formas cuya función es la de carecer de función alguna. Una variante del mismo considera que los apelativos pueden funcionar como *continuativos*. Mediante estos usos, el hablante expresaría su voluntad de proseguir el mensaje. Para esta concepción, las funciones primarias de estas formas y las continuativas se explican en virtud de un proceso de dessemantización o de desgaste por el uso, por el que se pasaría de un valor oracional claramente definido a uno secundario, calificado generalmente como *continuativo* y, finalmente, a uno de tipo *expletivo* o *muletilla*<sup>3</sup>, como se puede observar en las siguientes ocurrencias de *entonces*, tomadas de Cortés Rodríguez (1991: 90-97):

- 1a. Cuando todo estaba dispuesto/ el niño que se cae y se hace daño en el brazo/ y además una herida en la cabeza// entonces sientes unas ganas de dejarlo todo y de no ir a ninguna parte/// (uso temporal).
- 1b. Todo lo que pasa en ese asunto es muy difícil por lo que sea// entonces/ esto es así porque nadie da la cara para nada/// (uso continuativo).
- 1c. Aquellas cosas ocurrieron y ya está// no hay que darle más vueltas// entonces/ no sé lo que iba a decir/// (uso expletivo).

Esta visión toma como punto de partida la sintaxis oracional e intenta transponer sus esquemas a las estructuras del habla. Cuando el uso de los apelativos no se puede encastrar en uno de los valores predeterminados por las relaciones de coordinación o subordina-

<sup>3</sup> Esta secuencia, aunque aplicada a conectores más prototípicos, puede verse en Fuentes Rodríguez (1985: 77).

ción, se afirma que tales valores se han perdido, por lo que la nómina de funciones de ciertos conectores, entre los que se encuentran los apelativos, parece abocar a una degradación inexorable, cuyo final será su vaciado semántico y funcional, pasando a denominarse entonces muletillas<sup>4</sup>.

Desde una perspectiva textual se ofrece una visión alternativa, relacionada con la conexión, por la que los apelativos se convierten en indicadores de la segmentación en partes o secuencias de un texto, lo que los incluye dentro de los denominados *ordenadores discursivos* (Alcina/Blecua 1975, Bazzanella, 1995).

2. En este apartado se procederá a un análisis y clasificación de los valores de las formas *oye*, *oiga*, *mira* y *mire* en el lenguaje coloquial. Para tal fin se han estudiado 240 ocurrencias de dichas unidades<sup>5</sup>, analizadas mediante una ficha que consta de 21 campos diversos, cuyo objetivo es medir el grado de prototipicidad de diversos conectores en español. De los resultados se puede extraer la siguiente nómina de valores<sup>6</sup>:

2.1. Tanto *oye* como *mira* poseen un significado literal que, en imperativo, consiste en una invitación a mirar o a oír. Puesto que el significado de la forma *oye* es precisamente una invitación a escuchar, sus ocurrencias poseen valor fático, es decir, están orientadas por su semantismo a establecer el contacto con el oyente. En términos más técnicos, se puede decir que el valor fático es una instrucción convencional y no conversacional. Sin embargo, el caso de *mira* es distinto, ya que el significado literal consiste en una invitación a mirar un elemento de la enunciación:

---

<sup>4</sup> Una explicación alternativa de estos hechos se puede establecer vinculando el funcionamiento de los apelativos a problemas de planificación (Bazzanella 1990). El término *discurso planificado* se define por primera vez en Ochs (1979) y se desarrolla en Givón (1979).

<sup>5</sup> Extraídas del corpus de referencia de conversaciones coloquiales del grupo Val.Es.Co, consistente en una serie de grabaciones secretas obtenidas mediante el método de observación participante y transcritas según el método denominado «jefersoniano», adaptado al español. Véase Briz (coord.) (1995).

<sup>6</sup> No deben tomarse como una lista cerrada y mutuamente exclusiva. La dificultad de análisis de las formas del discurso oral convierte todo intento heurístico de compartimentación más en una herramienta orientada a la comprensión del problema que en una descripción exacta de la realidad.

- (2) M: no sa-no sabía que-°(pues ya es mérito)°-es más mérito es eso-porque yo toda la vida he cosido/ pero ¿y cómo aprendiste a coser/ con patrones y todo eso? ¿o cómo?
- A: noo y sin medidas y sin nada
- M: ¡no me diga!/ ¡pero es que tiene usted que tener un patrón y tiene que tener unas medidas/ pa(ra) que te quede bien!
- A: **mira**<sup>7</sup>
- M: ya ves/ chica/ ¿te das cuenta?/// y ahora las faldas se estilan así tipo boner [así yo/ todo-todo] [S.65.A1, 532]

2.2. Del significado literal se pasa al valor fático, en el que las formas verbales no son ya una invitación al acto físico de oír o de mirar, sino una llamada de atención al oyente. Este paso, como ya se ha dicho, sólo se da en el caso de *mira*. En ambos casos los apelativos pueden ser parafraseados por una forma como *escúchame*, por lo que la sinonimia entre *oye* y *mira* es muy elevada, pudiendo alternar ambas formas en gran parte de los contextos del corpus. La neutralización de significado, en este caso, es índice de un cambio de función por el que estas formas dejan de comportarse como verbos y por el que pierden algunas de las características que definen al verbo como categoría. Este cambio tiene reflejos morfológicos, sintácticos y fonéticos. Así, desde el punto de vista morfológico, dicho cambio implica la pérdida de la alternancia en morfemas flexivos como el número y la persona. Así, las formas tienden a fijarse en segunda persona del singular. Esta tendencia sólo se ha podido comprobar de forma inequívoca en el corpus en aquellos casos en los que existe discordancia entre la forma verbal y el número de interlocutores (forma verbal en singular para un número plural de interlocutores-*oye~oíd-*) o entre la forma verbal y el tratamiento de los mismos (forma verbal en segunda persona cuando la conversación se produce en tercera persona-*oye~oiga-*):

- (3) JM: siento que/ que/ antes de- de poder/ de↑ es que yo sé que ella necesita muchas cosas que- que yo le tengo que dar/// y no/ no tengo/ tiempo para dárselas
- O: me parece que [estás sacando=]
- M: [bueno tío↓ pero↑]

<sup>7</sup> A aparece con un vestido que estaba cosiendo en el momento de la grabación.

- O: = el problema de [quicio]  
 C: [¡ye tías!] os estaba buscando tía///  
 ¿qué hacéis? [ML.84.A1, 47]
- (4) C: nada nada §  
 A: § y- y sin embargo/ pues *oye oiga* *usté pues*  
*usté / no noo sabía nada mee avisó mi tía/ que me había salido*  
 D: por eso muchos de los que llaman / porque les llaman  
 por teléfono↑  
 C: sí §  
 D: § resulta queee se quedan así un pocooo §  
 A: § sí claro / tol  
 mundo [se queda =]  
 C: [extrañao]  
 A: = ¿tú sabes?/ ¿tú sabes lo difícil que es? §  
 C: § ¿eso? [H25.A1, 58]

Desde el punto de vista sintáctico, las unidades situadas a la derecha o a la izquierda del verbo no pueden ser interpretadas como constituyentes de un sintagma verbal o como complementos subcategorizados del mismo, ya que no admiten la pronominalización ni son susceptibles de ser analizadas como elementos de un hipotético predicado cuyo núcleo fuese el verbo de percepción:

- 5a.C: *oiga*↓ que a mí me lo han tomao por teléfono el pelo  
 [H.25.A1, 88]  
 5b. \**oiga*↓ [que a mí me lo han tomao por teléfono el  
 pelo<sub>OP</sub>]  
 5c. \**oiga*↓lo
- 6a. M: ay/ pues mira que tomar el baño en tu piscina/  
 también tiene-eso es boniquet/ [eso da mucha  
 ((...))=] [S.65.A1, 481]  
 6b. \*ay/ pues mira [que tomar el baño en tu piscina<sub>OD</sub>]  
 6c. \*ay/ pues míralo

La estructura fónica también puede verse alterada, como en el caso de *oye*, que presenta la variante *ye* (ML.84.A1, 47). En las formas verbales breves, procesos como el de *diferenciación relativa* (Alvar/Pottier 1983: 192) pueden llegar a detener evoluciones fonéticas, dado que la excesiva reducción llevaría a la pérdida de

morfemas flexivos o a la indiferenciación formal. Su reducción, en este caso, se ha de ver como un argumento a favor del cambio de categoría. Desde el punto de vista entonativo, estas formas no suelen estar integradas en la línea melódica del enunciado en el que se insertan<sup>8</sup>, lo que dificulta más aún una interpretación del apelativo como forma verbal.

De los datos precedentes se deduce que, en las formas verbales estudiadas, se está produciendo un proceso de gramaticalización<sup>9</sup> que comprende, en los términos definidos por Hopper (1991:22 y ss.), los principios de descategorización<sup>10</sup>, especialización<sup>11</sup>, persistencia<sup>12</sup>, divergencia<sup>13</sup> y acumulación (*layering*)<sup>14</sup>.

Esta fijación, sin embargo, es sólo parcial, ya que las formas verbales no han perdido ciertas características de la categoría. Así, la concordancia se mantiene en la mayoría de los casos<sup>15</sup>. Tampoco se pierde la posibilidad de añadir un sujeto a la forma verbal, con el cual concuerda, como en [H.25.A1, 58], donde aparece la forma *oiga usted*, y en la que *usted* puede ser interpretado como sujeto del verbo en modo imperativo.

<sup>8</sup> Lo que ocurre en 45 ocurrencias de *mira* y en otras 45 de *oye*.

<sup>9</sup> Este concepto se toma en el sentido de la denominada teoría de la gramaticalización. Véase Traugott/Heine (1991), así como la aportación de Mar Garachana en este mismo volumen.

<sup>10</sup> «Forms undergoing grammaticization tend to lose or neutralize the morphological markers and syntactic privileges characteristic of the full categories Noun and Verb, and to assume attributes characteristic of secondary categories such as Adjective, Participle, Preposition, etc» (Hopper 1991: 22).

<sup>11</sup> «Specialization refers to the narrowing of choices that characterizes an emergent grammatical construction» (Hopper 1991: 25).

<sup>12</sup> «The Principle of Persistence relates the meaning and function of a grammatical form to its history as a lexical morpheme. This relationship is often completely opaque by the stage of morphologization, but during intermediate stages it may be expected that a form will be polysemous» (Hopper 1991: 28).

<sup>13</sup> «When a lexical form undergoes grammaticization, for example to an auxiliary, clitic or affix, the original form may remain as an autonomous lexical element and undergo the same changes as any other lexical items. The Principle of Divergence results in pairs or multiples of forms having a common etymology, but diverging functionally» (Hopper 1991: 24).

<sup>14</sup> «Within a functional domain, new layers are continually emerging. As this happens, the older layers are not necessarily discarded, but may remain to coexist with and interact with the newer layers» (Hopper 1991: 22).

<sup>15</sup> Sólo en 9 casos *oye* presenta una discordancia explícita, como las que se acaban de señalar, y en el caso de *mira* esta cifra se reduce a tan sólo 4 ocasiones.

No obstante, esta última posibilidad está fuertemente restringida por el contexto (no serían posibles cadenas como #; *qué bien!* oye *tú*, en [AP.80. A1, 44], por ejemplo). Los apelativos tampoco pierden totalmente la posibilidad de establecer relaciones de dependencia con sus complementos; sin embargo, estas relaciones se reducen a compuestos más o menos libres (*mira tú qué cosas*, en [S.65.A1, 186]) o a expresiones seudolexicalizadas, del tipo *mira a ver* (L.15.A2, 202); es decir, que la identificación de constituyentes verbales tiende a reducirse al ámbito del discurso repetido, y no al de la técnica del discurso, en términos de Coseriu (1977b: 113).

Las características precedentes se mantienen en los siguientes apartados, lo que establece una diferencia entre los usos literales y los demás usos. Los valores conectivos, como se verá más adelante, participan de los rasgos de fijación que se acaban de mencionar.

2.3. La función fática se relaciona con las circunstancias de la enunciación. No obstante, en algunos casos las ocurrencias de *oye* y de *mira* van dirigidas hacia el enunciado y lo que pretenden es resaltar una parte del mismo. Dicha llamada de atención hacia el enunciado constituye una especie de *función fática interna*, que opera tanto anafórica (se llama la atención sobre el segmento precedente) como catafóricamente (se avisa de la importancia del segmento que se va a pronunciar). Mediante este procedimiento el hablante llama la atención de forma ostensiva<sup>16</sup> al oyente sobre la importancia del procesamiento de la cadena inmediatamente anterior o inmediatamente posterior a la forma verbal:

- (7) A: sí/ perooo hombree/ no hay que ir tampocoooo/  
[provocando allí/ al personal↑]  
L: [pero es incómodo/ es incómodo]  
S: provocando nada/ el queee- se ponga-que see-que s'ex-  
cite ya se apañará↓ es su problema/ ¿no?/ (RISAS)/ no  
no por ver a una tía en bequini↑  
A: no↓ pero [nooo]  
C: [pero] eso tiene más [que ver con la ((comodidad)) deeee]  
A: [pero eso en verano]/ primero/ **mira**  
C: al nadar/ si hace mucho movimientoo

<sup>16</sup> Siguiendo la Teoría de la Relevancia. Véase el capítulo de Estrella Montolío en este mismo volumen.

A: si voy en biquini tengo que tomar [primeroo]  
[AP.80.A1, 352] catafórico

Para comprender el valor catafórico de *mira* en (7), hay que tener en cuenta la intervención posterior de A, donde la informante explica las razones por las que no se quiere poner biquini. El apelativo llama la atención sobre la relevancia que asigna al procesamiento de dicho argumento para la correcta comprensión del enunciado.

(8) S: ¿cuál [eees↑=]  
J: [¿un trabajo?]  
S: = la misión deee/ del agente [de seguros?]  
C?: [ve- vender] seguros//  
vendía yooo// una temporada/// no vendí ni uno y lo  
tuve que dejar  
A: (RISAS) [pues por eso/ yo ni lo=]  
J: [¿no vendiste ninguno?]  
A: = he cogío/ yo ni lo he cogío/ **mira** (RISAS) [AP.80.A1,  
136] anafórico

Este ejemplo, por el contrario, dirige la atención hacia el segmento precedente.

La función fática y la función fática interna reciben dos tipos diferentes de paráfrasis; la primera de ellas es equivalente, en un sentido amplio, a la forma *escúchame*. La segunda lo es, por regla general, de la expresión *fíjate*. En el primer caso, el apelativo tiene un valor perlocutivo; pretende que el oyente haga algo como consecuencia de haber oído el apelativo, por lo que se puede afirmar que dicha forma está orientada hacia la enunciación. En el segundo, el apelativo se convierte en una guía o instrucción para el procesamiento del enunciado en el que se inserta, lo que lo convierte en una restricción semántica a la relevancia del enunciado, en términos de Blakemore (1987). Esta diferencia es tanto más sutil cuanto que la llamada de atención suele ser un paso previo para el procesamiento del enunciado; sin embargo, la función del apelativo va dirigida hacia la enunciación. El que de dicha llamada de atención se derive una indicación ostensiva es un hecho indirecto, no achacable a las instrucciones convencionales ni conversacionales del apelativo. En el segundo caso, por el contrario, el apelativo no es un medio in-

directo para conseguir un procesamiento óptimo de la información, sino una marca lingüística de relevancia, situada en el enunciado y dirigida hacia el enunciado, cuyo valor nace de sus instrucciones conversacionales.

2.4. La función fática interna está directamente relacionada con los usos *enfáticos*, porque la llamada de atención implica de forma más o menos directa un refuerzo de lo dicho o de lo que se va a decir. La diferencia entre los dos tipos de función fática se refleja en los procedimientos empleados para conseguir el énfasis. En el primer caso, se recurre a las circunstancias de la enunciación para llamar la atención sobre el enunciado. En la función fática interna se llama la atención sobre la relevancia de su procesamiento. Lo que interesa resaltar en este punto es el nexo de unión existente entre la faticidad y los valores modales, en los que se refleja la actitud del hablante hacia el enunciado. Si las paráfrasis que permitían identificar los valores fático y fático interno eran, respectivamente, *escúchame* y *fíjate*, los valores enfáticos o de refuerzo no son intercambiables, en regla general, por ninguna expresión similar (véanse los ej. 9 y 10 abajo), lo que debe tomarse como una prueba a favor de su vaciado semántico. [Por tanto, los usos enfáticos no son tanto guías de procesamiento en el sentido de que incorporen instrucciones convencionales o conversacionales que permitan descodificar los enunciados, sino más bien pruebas de lo que el hablante pretende resaltar, que no siempre tiene por qué relacionarse con la relevancia del enunciado en el procesamiento de la información:]

(9) E : = una depre// fue una depree↑ yo qué sé// fue  
[mira porque tuvo que pasar=]

G : [pa- pa- pasajera ¿no?]

E : = sí↓ ya se me ha pasao↓ he estao- he estao§

L : §unaa§

E : §mes y

medio↓ pero ¿sabes qué fue? es- ¿sabes lo que me pasó?  
todos los veranos me voy a I. con A. [L.15.A2, 1105] inicio

(10) G: me voy a casa/ mee cambio// mientras me calien-  
to↑// y a las ochoo/ me voy a casa PepeÆ// [a correr=]

L: [((...))]

G: = y a correr

J: ¡qué bien! oye  
 S: y a volar  
 G: ¡ventee! [AP.80.A1, 44] final

En este último caso puede apreciarse la relación entre el refuerzo y la función fática, puesto que aquél se consigue a partir de una falsa petición de atención al interlocutor.

Entre la función fática interna y el énfasis existe una amplia zona de intersección y, así, no es extraño encontrar casos en los que ambos valores no se distinguen con nitidez:

(11) (RISAS)  
 J: ¿eso sucedió de verdad?  
 S: sí/ sí/ l'han dicho en O. C. esta mañana  
 J: ¡vaya tela!  
 S: ¿parapléjicaa?// Uy! Oye/ qué profesión más bonita!  
 (RISAS) [AP.80.A1, 876]

Los casos de énfasis están claramente delimitados cuando aparecen dos apelativos juntos en las combinaciones *oye mira* ((12), abajo) y *oye oiga* (en (3), arriba):

(12) E : ¿me quedé sentá// o sea vino ella<sup>↑</sup> y le dije *oye mira que ha venido un chico a dejar tu bolso* que te lo has dejado en el coche/ [L.15.A2, 706]

En estos casos, la acumulación pretende resaltar la importancia que para el hablante tiene lo que va a decir. En ningún caso cabe interpretar que la repetición añade elementos superfluos o vacíos de significado, dado que la diferencia entre dichas combinaciones y la aparición de una única forma radica precisamente en el énfasis que añade la repetición. Las combinaciones *oye mira* y *oye oiga* en posición inicial se pueden llegar a convertir en un mecanismo de toma de turno o, como ocurre en los ejemplos (11) y (12), en fronteras de estilo directo.

2.4.1. El énfasis es un valor que pertenece al terreno de la modalidad, considerada como la actitud con que el hablante se enfrenta al enunciado. La modalidad ha sido ampliamente estudiada en lenguas como el alemán, que disponen de una clase de palabras

especializada en la expresión de este tipo de valores<sup>17</sup>. En español no existe una especialización tan clara, por lo que la expresión de la modalidad se extiende a diversas clases de palabras, cargándolas de valores secundarios.

En el caso de los apelativos, el refuerzo puede desembocar en un valor conversacional de *desacuerdo*, que se da en *mira* con mayor frecuencia que en *oye*. Llevada al extremo, esta tendencia lleva a usar *mira* (en 6 ocasiones) y *oye* (en 3 ocasiones) como único elemento de un turno de habla cuya única función es la expresión del desacuerdo:

(13) V: en resumen// quee hab-tenía un asesor↑// un asesor// pagado también del ayuntamiento de A./ que es V. F. que es el secretario de \*\*\*<sup>18</sup>// y ese tío↑ ese tío estaba percibiendo otras tantas/ otras tantas como el señor alcalde↑/ del presupuesto de las arcas municipales/ el presupuesto municipal// (en)tonces resulta que ese tío/ pues también veía que se le ibaa/ y no noo/ aguanta aguanta que aunque presenten la moción/ tal/ cual/ aguanta↑// ahora resulta que ya no está↑/ porqueee el L. le ha dicho/ chh/ fuera de ahí// y el- y el cabritoo/ por aguantar un mes más un mes más↑// la sentencia del juez puede ser dura ¿eh?  
PUEDE SER muy dura

S: ¡uy! **mira** [J.82.A1, 702]

Por último, *mira*, pero no *oye*, sirve, en 7 de sus 139 apariciones, como medio de expresión de la *matización*, que es otro de los valores modales propios del discurso oral. En posición inicial, al valor modal de matización se le añade el valor conversacional de marca de respuesta despreferida<sup>19</sup>:

<sup>17</sup> Existe una línea de trabajos dedicada a su descripción y estudio, denominada *Partikelforschung*. Véase Weydt (1969); Gülich (1970); Helbig/Buscha (1972); Weydt (1979); Weydt (1983); Weydt/Elers (1987); Helbig (1988); Weydt (1989); Helbig/Helbig (1990).

<sup>18</sup> Nombre de un partido político.

<sup>19</sup> Una respuesta despreferida es una de las posibles realizaciones de un par adyacente. Levinson (1989, 294-295) lo explica en los siguientes términos: «no todas las segundas partes potenciales de una primera parte de un par adyacente tienen la misma categoría: hay un ordenamiento por categorías que actúa sobre las alternativas, de manera que existe como mínimo una categoría de respuesta preferida y otro

(14) C: ya// PERO BUENO- PERO/ PERO ES QUE  
ALGO TE DEBE PASAR ¿no? / algo te tie-  
o sea§

JM: §mira/ no lo sé es que / es TODO y no es  
nada/ [pero=]

C: [pero si es que]

JM: =se me juntan las cosas// llega un momento que vas  
aguantando y que las cosas se juntan y que dices/ pues  
no/ tengo que pararme/ y- y decidir [ML.84.A1, 108]

En otras posiciones, el empleo de *mira* no está asociado a valor conversacional alguno y la matización refleja de una forma más clara la inseguridad del hablante ante el contenido del mensaje:

(15) S: iguels

C: ¿esto es águila?

S: es queee/ mira-§

J: § ¿qué grupo de música es?

S: un grupo de música se llama↑/// a floc- //a floc//  
of/// siguels/// eaguls/// (2.5») pero entonces no  
séÆ/ eaguls↑/ oo

J: igual éste es el plural de- de éste ¿sabes? [AP.80.A1, 223]

S intenta traducir el nombre del grupo, pero no está seguro de que la traducción sea correcta (confunde *seagulls*, gaviotas, con *eagles*, águilas).

En el corpus utilizado, *mira* parece estar más capacitado para la expresión de valores modales que *oye*, lo que marca una diferencia más entre ambas formas.

2.5. Los usos conectivos están directamente relacionados con el valor fático de las formas verbales. En el siguiente ejemplo se produce una lucha por el turno de habla:

(16) V: =¡oye!/ oye por cierto↓ no estaría mal ¿a vosotros os  
dejan alguna veez/ de solteros↑ [por ahí?]

A: [¡oye!]/ oye↓ ¿a que  
en Tuéjar noo hacen- no [hace (( ))]

(sic) despreferida [...] Esencialmente, las segundas partes preferidas son no marcadas [...]; por contraste, las segundas partes despreferidas están marcadas por varios tipos de complejidad estructural».

V: [si os dejan de solteros↑]//  
 [¡Ángel!]  
 A: [¿pero tú qu'] [estás (( ))] [J.82.A1, 484]

Ante la existencia de turnos competitivos, la función fáctica se convierte en un mecanismo necesario tanto para la posesión del turno de habla como para el cambio del tópico discursivo. El cambio del tema se lleva a cabo a partir de una llamada de atención al interlocutor. En casos como éste se puede observar la relación de vecindad que une la conexión a otras categorías y las razones por las que un verbo como *oye* puede en ocasiones funcionar como conector.

En otros casos no existe un turno competitivo y el apelativo se convierte en un *ordenador discursivo*, que es un instrumento al servicio de la segmentación a nivel macroestructural del texto, por el que se indica un cambio de tópico discursivo:

(17) E : oye G. ¿qué te iba a decir? [¿te apetece=]  
 G : [dime]  
 E : = un güisqui? ¿tú tomas alcohol?  
 G : sí↓ cuando quiero  
 E : ¿quieres un JB?  
 L : un JB nada menos↑/ que tiene aquí ¿tienes JB?  
 [L.15.A2, 1005]

Las líneas anteriores de la conversación constituyen una secuencia cuyo tópico de conversación era la dolencia de estómago de L; mediante la introducción del apelativo, se facilita el cambio de tema en la conversación, que a partir de ese momento girará en torno al ofrecimiento hecho por E.

Los apelativos indican cambios de tópico en un 15% de las ocurrencias del corpus, y este porcentaje es superior al de otros conectores, como las conjunciones *y* (7'9%) o (3'6%), *que* (0'8%), *pero* (11'1%), *pues* (6%), el adverbio *entonces* (8%) o la construcción *o sea* (9'9%).

Los ejemplos vistos hasta ahora, en los que los apelativos funcionaban como conectores, tienen que ver con el primero de los usos de unión señalados en la bibliografía, el de ordenadores discursivos. En estos casos, se sitúan en el nivel macroestructural de la conversación y sirven para indicar las diferencias de secuencia en la misma. El segundo uso, denominado tradicionalmente continuativo o mu-

letilla, se relaciona con el nivel microestructural de la conversación y tiene que ver con los problemas de planificación discursiva provocados por la velocidad con que se produce el lenguaje oral (Chafe 1982). En el siguiente ejemplo:

- (18) L : ¿no érais cuatro?  
 E : sí// AHORA hay dos/ y yo tres↓ y me falta unaa nueva  
 L : pero ya está aquí oo§  
 E : § no ha venido todavía↓ tiene que  
 venir aún↓ si yo no sé quién es  
 L : aah  
 G : y contra más gente hay↑ oye↓ a menos salís  
 E : sí pero sólo cabemos cuatro ¿tú no has visto el piso?  
 [L.15.A2, 185]

la aparición del apelativo indica que el mensaje que se está produciendo continúa su marcha, lo que justifica las etiquetas mencionadas arriba. Además, *oye* aparece en una estructura de carácter binario, determinada por la entonación y compuesta, siguiendo la terminología de la Retórica Clásica, por una prótasis y una apódosis. El apelativo es el primer elemento de la apódosis; cumple una función microestructural, puesto que ayuda a separar, con ayuda de la inflexión melódica, dos fragmentos de una construcción que se concibe como un bloque<sup>20</sup>. Su función es, por tanto, muy similar a la de otros conectores como *que* o *pues*, también usados para separar la prótasis y la apódosis de un enunciado que se concibe como un todo. Este empleo se denomina *formativo* y, tal y como se emplea aquí, es un mecanismo que sirve para solucionar los problemas derivados de la planificación discursiva y que se relaciona con el nivel microestructural del discurso<sup>21</sup>.

3. Después de la descripción de los distintos usos, las conclusiones deben intentar responder las preguntas esbozadas en las secciones precedentes, a saber, el carácter conectivo o no de *oye* y *mira* y su posición dentro de un dibujo de la categoría de la conexión en español coloquial.

<sup>20</sup> Véase el trabajo de Antonio Briz y Antonio Hidalgo en este mismo volumen.

<sup>21</sup> Rossari (1994) propone otra definición del término que no será adoptada en este trabajo. El ejemplo (18) podría incluirse dentro de lo que Montolíó (1991) denomina procondicionantes, cuyo alcance es mayor del dado por la autora en dicho trabajo.

3.1. El corpus indica que los apelativos *oye* y *mira* poseen, como función primaria, la denominada función fática, que puede estar dirigida hacia la enunciación (función fática propiamente dicha) o hacia el enunciado (función fática interna). Junto a éstas, otros valores completan la nómina de sus usos, entre ellos los de tipo conectivo. El problema que plantean estas clases de palabras, así como los conectivos en general, es un problema de adscripción categorial, que se puede resumir del siguiente modo: los denominados conectores pertenecen a distintas clases oracionales de palabras con un funcionamiento bien delimitado (conjunciones, adverbios, expresiones como *o sea*, adjetivos como *bueno* o *claro* o formas verbales) que, desde el punto de vista pragmático, coinciden en indicar distintos aspectos de la unión. Si se adopta una visión categorial estricta, se tendría que realizar un incómodo corte entre funciones principales y funciones secundarias. En tal caso, *oye* y *mira* son apelativos relacionados con la función fática del lenguaje, por lo que, al estar ya categorizados no pueden ser conectores<sup>22</sup>, lo que recorta la riqueza de matices de la descripción. Por el contrario, si se calificaran como conectores, se dejaría de lado el peso de otros valores, lo que lleva a una clasificación inexacta.

Por ello, es necesario adoptar una visión categorial no estricta, sino difusa. Las categorías, pues, no se concebirán como compartimentos estancos de límites bien definidos, sino como centros de atracción con un núcleo y una periferia. En esta visión gravitatoria, el centro está ocupado por elementos como las conjunciones, que pasan a ser definidos como conectores prototípicos. La periferia está ocupada por unidades que comparten menos rasgos de la categoría o que, como en el presente caso, presentan rasgos pertenecientes a otras categorías. *Oye* y *mira* pueden recibir una doble adscripción categorial, tanto como elementos centrales de una categoría (apelativos) o como elementos periféricos de una segunda categoría (conectores). Esta visión teórica se ajusta mejor a lo que muestra la descripción de usos, es decir, que un conector no es un elemento monolítico especializado en una sola función, sino

<sup>22</sup> Una categorización estricta supone una correspondencia uno a uno entre formas y funciones, por lo que no se aceptaría que *oye* o *mira* fuesen, a la vez, apelativos y conectores; en este acercamiento, sólo la disyunción exclusiva sería apropiada entre ambas opciones. Un ejemplo de categorización estricta –y de los problemas que plantea al tratamiento de los conectores– puede encontrarse en Fuentes Rodríguez (1987a).

una forma que puede ser habilitada para desempeñar varias funciones. El número y el tipo de funciones de un conector no son ni caprichosos ni arbitrarios, y suelen estar regidos por los principios de la teoría de la gramaticalización. Gracias a este enfoque, las categorías que pueden desempeñar funciones pragmáticas no tienen por qué adscribirse necesariamente a un único grupo, a condición de que se especifique, en cada ocasión, si se trata de elementos centrales o periféricos al mismo. En el presente caso, *oye* y *mira* se pueden considerar conectores periféricos, situados en las afueras de la categoría por no poseer una serie de características compartidas con los elementos más centrales (son tónicos y no átonos; poseen significado léxico en grados más o menos evidentes, no suelen estar incluidos en la estructura entonativa del enunciado en el que se insertan, pueden subcategorizar en determinadas ocasiones un complemento y, rasgo fundamental, no se habilitan para desempeñar funciones centrales de la unión como la conexión oracional). Sin embargo, son susceptibles de usarse para indicar la ordenación macroestructural de un discurso o la continuación de un mensaje que sufre problemas de planificación a nivel microestructural, dos valores conectivos que los habilitan para orbitar en torno al campo de atracción de la conexión.